

Prot. N. 000984/04

10 de diciembre del 2004
Bienaventurada *Virgen de Loreto*

Beato Bernardo de Ofida (1604-1694)
En el IV centenario de su nacimiento
Mensaje

A los Hermanos de la Provincia de Las Marcas
y a todos los Hermanos de la Orden

“La provincia de Las Marcas de Ancona – como se lee en las *Floreциllas*, cap. XLII – estuvo antiguamente adornada, como el cielo de estrellas, de hermanos santos y ejemplares, que, como lumbreras en el cielo, han ilustrado y honrado a la Orden de San Francisco y al mundo con sus ejemplos y su doctrina”. Después de San Serafin de Montegrinario, que hemos recordado con una carta nuestra con ocasión del IV Centenario de su muerte, otra de estas estrellas atrae nuevamente nuestra mirada y resplandece con particulares destellos luminosos en el firmamento de nuestra santidad doméstica, casi como atrayéndonos hacia su resplandor. En efecto este año se celebra el IV centenario del nacimiento del Beato Bernardo de Ofida, acaecido el 7 de noviembre del 1604. Volver con la memoria a un tiempo tan lejano debe ser para nosotros como una celebración eucarística, porque los santos no están muertos, sino vivos, son actuales y están presentes y operantes en el camino de nuestra vida. Es lo que quisiera hacer con vosotros con este mensaje mío fraterno, para que nuestra vida consagrada pueda resplandecer sólo en el espejo de la santidad. En este espejo debemos volver a encontrarnos todos, para meditar sobre nuestro carisma franciscano y capuchino, para revisarlo y reconstruirlo en nuestras opciones diarias para enderezar los senderos de nuestro comportamiento, para confirmar en nuestro corazón la alegría de la vida evangélica.

Pero, ¿quién era Bernardo de Ofida? Quisiera releer con vosotros los puntos más sobresalientes de esta vida, que se convierte realmente en toda su sencillez en una escuela doméstica privilegiada.

Bernardo Peroni de Ofida (Ascoli Piceno), nace en Villa d’Appignano, en las cercanías de Ofida el 7 de noviembre del 1604, el mismo año en el que murió San Serafin de Montegrinario, casi todo un signo. Entre los santos y beatos capuchinos es seguramente el más anciano ya que morirá en Ofida el 22 de agosto de 1964 a los 90 años.

Domingo, como le puso su padre José en las fuentes bautismales, crece sano y robusto, trabajando como pastor de rebaños y labrador de los campos alimenta su fe en el libro de la cruz y de la devoción a la Virgen María. La hermosa y austera vida de los capuchinos que se habían establecido en Ofida en el 1614 le atraen fuertemente, pero todavía esperará algún año antes de vestir el hábito capuchino en Corinaldo el 15 de febrero del 1626 para hacer su profesión en Camerino un año más tarde.

Bernardo de Lama, es la denominación más exacta del lugar, aunque es más conocido Ofida, siguiendo las órdenes de la obediencia, acoge su primer destino a Fermo. Durante casi veinte años permaneció en este convento, en el silencio. Ninguna fuente documentada habla: es el tiempo que el Señor se toma para prepararlo a su misión: “hambriento de almas”.

Una breve demora en Ascoli, casi como para abreviar en la santidad de Serafín de Montegranario y luego otras demoras aún más breves hasta llegar a Ofida, en el 1650. Aquí durante 40 años alabará al Padre de la misericordia, adorará a Cristo en la Eucaristía y servirá al Cuerpo del Señor en los hermanos pobres y enfermos.

Una vida sencilla, escondida, humilde, una vida caracterizada por los servicios de un hermano capuchino: cocinero, hortelano, enfermero, limosnero, portero, todo caridad, todo oración, todo alabanza del Señor.

Enamorado de la Eucaristía no se percataba del tiempo que en adoración pasaba, ni de las moscas que le molestaban, ni de los ojos de los hermanos y de la gente que lo espiaba, y ni siquiera del ruido que se hacía a su alrededor. Los días de fiesta solemne eran para él días de gloria aún más grande porque podía estar todo el día ayudando Misas, inflamándose del ardor de la consagración en la comunión. Su corazón, tan habituado a lanzar suspirosos amorosos a Dios con encendidas expresiones de amor, que, frecuentemente, delante de la gente se le escapaban sin percatarse de ello.

El Amor que se transparentaba en su cara invitaba a la oración. El Amor que recibía en la Eucaristía lo devolvía al llevar las cargas pesadas del que cansado encontraba por la calle, al apaciguar las contiendas del que no se sentía más hermano, al ocuparse de las fatigas y de los dolores del que enfermo yacía en un lecho. Ninguno resistía a su candor, a su bondad, a su grito dolorido: “¡Estad con Dios!, ¡Temed a Dios!, ¡Amad a Dios!, ¡Huid del pecado!, ¡Sed buenos!”.

Después de una jornada pesada y cansada, se retiraba, como merecido descanso, durante largas horas de oración ante el Sagrario o ante la imagen de la Virgen o ante el altar de San Félix de Cantalicio.

Aquí encontraba la fuerza para ponerse de nuevo a servir, multiplicando a través de sus manos la caridad. Nadie que llamase a la puerta volvía con las manos vacías; ninguno que buscase su consuelo porque estaba enfermo, quedaba desilusionado; cualquiera que pidiese su oración obtenía la gracia del Señor. Ha quedado en la memoria, registrada por notarios el hecho de niños devueltos con vida a sus propias madres, de enfermos curados y de muchos episodios de hechos extraordinarios realizados por su intercesión. Carisma y don del Señor que Fr. Bernardo escondía sirviéndose del aceite de la lámpara que ardía en el altar de San Félix de Cantalicio.

Ni siquiera en los últimos años de vida, deteriorado, entumecido y parálítico, renunciaba a estar por largo tiempo delante del sagrario. Con este fin se había hecho un par de muletas que lo mantenían recto en adoración no pudiendo estar arrodillado como era su costumbres.

Llegado al final de su vida terrena, ya con noventa años, cargado sí, de años y de achaques, pero radiante más que nunca en el espíritu hasta llegar a hacer exclamar al que lo encontraba que tenía “tanta alegría en la cara y en las palabras que no parecía que estuviese enfermo, sino que deleitase”, quiso restituir cada cosa, pidiendo a su guardián la “caridad” sólo del uso del hábito.

Recibidos los sacramentos casi transportado en éxtasis, recomendó a los hermanos la observancia de la Regla, la paz, el amor entre ellos y con el prójimo y de orar por los bienhechores. Expiraba la madrugada del 22 de agosto del 1622 mientras amanecía un nuevo día.

Gracias y milagros florecieron, pero el camino para llevarlo a la gloria de los altares fue largo y fatigoso y finalizó sólo el 19 de mayo del 1795 cuando el papa Pío VII lo inscribía en el catálogo de los beatos. Seis días después en la basílica vaticana se celebraba su beatificación.

He aquí el espejo de su vida del que parten los rayos que señalan fuertemente algunos fundamentales valores de nuestro carisma franciscano y capuchino: la oración interior, de la que brota un intenso amor a Cristo Crucificado y a la Eucaristía, envuelta en una filial

devoción a la Virgen, y de numerosas virtudes como la pobreza y la humildad, la austeridad y la laboriosidad, el amor fraterno lleno de misericordia, la sencillez y la popularidad.

He tratado ya en distintas ocasiones, con diferentes cartas fraternas, de la pobreza, de la oración, del trabajo y de otros puntos de relieve en nuestra vida. Ahora me urge entretenerme con vosotros sobre un elemento que entra perfectamente en sintonía con la Iglesia de hoy que está celebrando un Año dedicado a la Eucaristía, o sea el amor de nuestro Beato Bernardo al misterio eucarístico.

La imagen de nuestro beato que tiene la mirada fija en el sagrario por horas y horas, de día y de noche, después de su trabajo de limosnero y de los demás trabajos del convento hacia los hermanos y fuera con los pobres y los enfermos, queda como un icono fundamental para nuestra Orden. Y como Francisco, al final de su vida manifestaba su experiencia de Dios concentrada toda ella en la Eucaristía, así “en el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones” (cf. Juan Pablo II, Cart. Apost., *Mane nobiscum Domine*, n. 2), en la complejidad del mundo moderno en el que vivimos y estamos, la Eucaristía, el Sagrario, la S. Misa, nos hacen volver a encontrar la alegría y la belleza de nuestra vocación y de nuestra misión. Porque si la Eucaristía es “fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”, es también fuente y cumbre de nuestra vida franciscana y capuchina y de nuestra misión.

Deberemos entonces atesorar las palabras del Santo Padre que nos remiten a los “ejemplos de santos que en la Eucaristía han encontrado el alimento para su camino de perfección”. Así ha hecho nuestro beato Bernardo.

El Santo Padre insiste sobre el hecho de que todos nosotros, sacerdotes y consagrados, debemos celebrar “cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez”, y “haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario..., dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía”; y añade: “Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida” (*Ibid.*, n. 30).

En esta luz, derramada en nuestro espíritu por la experiencia del beato Bernardo de Ofida, encontramos el secreto de su santidad y la actualidad y frescura de su mensaje. Pueda de verdad nuestra exorbitante y ensordecidora actividad volver a encontrar esta intimidad eucarística y que la intercesión del beato Bernardo nos obtenga el don de la adoración y del silencio para “estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón. ‘¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!’ (*Sal* 33 [34],9)... Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes” (*ibid.*, n. 18), como es nuestro humilde beato Bernardo, inflamado de amor.

Que nos ayude la Bienaventurada Virgen María, “mujer eucarística” (cf. Enc. *Ecclesia de Eucaristia*, 53-58), la cual, con el santo Rosario, tan recomendado por la Iglesia y el Santo Padre con la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, “puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, hecha según la escuela de María y en su compañía”. (Cart. Apost. *Mane nobiscum Domine*, n. 18) y con el ejemplo luminoso del Beato Bernardo de Ofida.

Fra John Corriveau
Ministro General OFMCap